POR FUERZA MAYOR

Cuando mi abuelo se mudó tuvimos que hacer unos pequeños cambios en casa para intentar que se sintiera cómodo y tuviera su propio espacio. Todos nos volcamos para que no echara de menos sus ochenta años de vida aferrados a su entorno, amistades, su tienda preferida, sus paseos en el parque…

Se levantaba y se iba a caminar, casi volvía para almorzar, echaba una pequeña siesta, veía un poco la tele y salía de nuevo a dar una vuelta.

Cuando comenzó el confinamiento mi madre pensó que él no iba a entender la situación de alarma y que se empeñaría en bajar aun cuando estábamos obligados a estar en casa.

Para nuestra sorpresa, dedicó más tiempo a preocuparse de ayudar a su hija en la cocina, recoger su habitación y contarnos a los nietos unas historias apasionantes de cuando estuvo confinado, durante meses, en el pajar de aquel cortijo en el que trabajaba de cabrero, en aquella ocasión que lo reclamaron para ir obligatoriamente a la guerra, a servir a su patria.

Las vueltas que da la vida.